

Cine al Colegio

Aguijón de neuro imágenes para ver la vida mejor

Armando Ramírez. M. Colegio República de Colombia.

“**E**l Aleph” es un hermoso cuento de Jorge Luis Borges que narra la historia de dos hombres que acuden al sótano de una vieja casa que será demolida, y encuentran una pequeña esfera tornasolada, un observatorio cósmico que contiene en sí mismo, y sin confundirlos ni disminuirlos, “todos los espacios del orbe, vistos desde todos los ángulos”. En “El Aleph”, Borges, el fabulista y Carlos Argentino Daneri, el poseedor del secreto, encuentran el modo de reencontrarse –no sólo con las imágenes del universo atemporal–, sino con la posibilidad de entablar diálogo con todas las imágenes de Beatriz Viterbo, la amada común que ha muerto catorce años atrás.

Si ha de parecerme “El Aleph” una bella alegoría de lo que significa el proyecto de Cine al Colegio, es porque este cuento nos ayuda a entender la incalculable experiencia de profesores y adolescentes al reencontrarse con múltiples imágenes, encuadres, paisajes e historias de seres locales, remotos, anónimos o reales, que en sucesión infinita giran en un aleph para devolvernos una identidad particular contada en la historia de otros.

En esos otros, que son los personajes imaginarios de las películas, cada cineclubista tiene la posibilidad de reconstruir su propio espejo, su propia mirada, que se conjuga en una y mil formas... ¿infinitas, tal vez?: la historia de un personaje, con la época de otro, en un detalle de la mirada de un ser imaginario, con el color de una escena o con la música de una película que rememora imágenes de otro pasado, en otro lugar, que armonizan con una historia reciente, que a su vez habla con las mismas palabras con que otro habló en una escena o en la vida real. ¿Qué importa ya la sutil diferencia entre real e imaginario, si todo se diluye en el rostro de un ser que es el rostro de otros que fueron?

El Alacrán, como fue bautizado el cine club del Colegio distrital República de Colombia, tiene como propósito ser “un aguijón de neuroimágenes, para ver la vida mejor”. Permítaseme, pues, contar como algunos de los cinéfilos de nuestro cine club arman curiosos rompecabezas con las imágenes de otros tiempos, de otros seres, de otras historias, que giran en esa otra pantalla mágica del televisor que actúa, en este caso, como un aleph.

Para Johanna Palacios, la película *Alejandro magno* –de Oliver Stone–, fue la cinta que “más me ha ayudado a darle la vuelta a mi vida, porque me ha enseñado a actuar con



1. El profesor Armando Ramírez se reúne con estudiantes del grado 1009 del Colegio República de Colombia para iniciar la sesión de cine, con la película rusa *El ladrón*.
2. El tablero se transforma en las viejas escaleras borgianas para reproducir el aleph filmico.
3. Cine al Colegio en reunión en la Cinemateca Distrital.



más valor”; para Jeisson Contreras, la película *El chico* –de Charles Chaplin– fue la historia que “me ha dado una gran lección de vida, pues me ha enseñado a luchar por lo que uno quiere”; Ángel Ortiz considera que hay escenas de las películas que “le llegan a uno al alma, pues nos recuerdan cosas que uno ha hecho o dejado de hacer; películas que le enseñan a uno a valorar más a las personas, para no juzgarlas a la ligera, como en la cinta *Solo contra sí mismo*, de Michael Hafstrom.

Leonel Bareño aprendió en la película *Los niños invisibles* que “el cine, no es sólo ver, sino también entender cómo se hacen

las tomas de una escena”; Sandra Sánchez sintió con la cinta *Machuca* –del director Andrés Word– “la pena (no el dolor de patria) de un mundo, que por culpa de una sociedad y de un gobierno corrupto, nos envuelve en la misma dinámica”; mientras que Cristina Batalla, aprecia ahora más el cine, “no por el grado de adrenalina que tenga la cinta, sino por la trama bien armada que cuenta una historia”.

Ahí está la magia. En que una escena, un rostro, una historia de otro tiempo son en el cine infinitas vidas; múltiples reelaboraciones individuales o conjuntas que surgen en la reflexión silenciosa mientras transcurre la cinta o en la discusión grupal, pero que de cualquier modo proyectan un nuevo ser que es todos los seres.

El origen aquí no es la esencia, pues lo que importa es el devenir. El psicoanálisis nos ha enseñado que todo lo oscuro se aclara en los arcaísmos, pues el arché remite a un mismo tiempo a la razón de ser y al inicio. Retrocediendo en el tiempo, avanzamos en el conocimiento. Esas imágenes que giran en el aleph de cada cineclub, de cada colegio distrital donde se ha implementado el proyecto de cine, se constituyen en nicho, en hábitat visual de una nueva humanidad, en donde lo visible anuncia lo invisible para que de veras sea posible que la Educación nos ayude a construir, no sólo una Bogotá sino una sociedad sin indiferencia. ●

Hay escenas de películas que le llegan a uno al alma, pues nos recuerdan cosas que uno ha hecho o dejado de hacer; películas que le enseñan a uno a valorar más a las personas. Jeisson Contreras, cineclubista del Colegio República de Colombia.